

LA RESURRECCION DEL SEÑOR

(Continuación.) (1.)

III.—LA RESURRECCIÓN DE CRISTO Y SUS PRUEBAS

Con la mira, pues, de hacer irrecusable ese testimonio, lo describe San Pablo con toda la precisión y claridad en las apariciones a los discípulos, tomando el arranque de la historia de aquellos hechos y de su significado y alcance, esto es, como externos y de contacto, desde su primer origen, la muerte indudable de Cristo en la Cruz. "Cristo, dice, murió y fué sepultado, y fué restituído a la vida al tercer día, y se dejó ver de Cefas (es decir, Pedro), y después de los Once. Después, de más de 500 hermanos juntos, de los que muchos viven todavía; algunos descansaron. Después fué visto de Jacobo y luego de todos los apóstoles. En último lugar entre todos, como desecho (2), fué visot por mí." San Pablo, como los Evangelistas, no señala testigo alguno inmediato del hecho mismo de la resurrección porque no lo hubo; pero presenta centenares de testigos de vista y contacto de la continuación de aquella vida y de los efectos de la misma (hablar, comer) en el resucitado. De vista y contacto, decimos, porque si bien el Apóstol sólo menciona explícitamente la vista ($\alpha\varphi\theta\gamma$), en ella va envuelta la experiencia del contacto; porque comparada su lista con las apariciones y su orden en los relatos de los Evangelistas, se ve que en número y

(1) V. t. 12, p. 64.

(2) $\hat{\epsilon}\chi\tau\rho\omega\mu\acute{a}t!$ - $\hat{\epsilon}\chi\pi\rho\omega\mu\alpha$ de $\hat{\epsilon}\chi\tau\iota\tau\rho\omega\sigma\chi\omega$ propiamente es "aborts"; pero el pensamiento que San Pablo quiere expresar es el de deficiencia en lo sustancial, no ciertamente de parte de la revelación que le fué comunicada, sino de su persona como instrumento por su poquedad en la opinión que de sí tiene el Apóstol.

lugar en su mayor parte y conjunto coinciden unas y otras, demostrando que el Apóstol ya el año 34 conocía y aceptaba la tradición oral tal cual después pasó a los Evangelios, y que ésta, por tanto, no desfiguró la historia real. En particular, la aparición a los Once que San Pablo propone como inmediata a la hecha a Pedro, y anterior a las restantes, se identifica con la de *Lc.*, 24,34-43, que seguramente fué acompañada de contacto pausado y a toda satisfacción, como lo hace patente el relato de San Juan, donde la primera aparición a los Once (1), la tarde del domingo, es la citada por San Lucas, y en consecuencia, cuando después los condiscípulos dicen a Tomás haber visto al Señor y él responde que si no palpase las llagas no puede creer, evidentemente lo dice exigiendo para sí lo que sus condiscípulos le significan haber practicado (2). Y que, en efecto, las experiencias de los Apóstoles con el resucitado fueron, no meras visiones que pudieran dejar dudas sobre si de hecho habían tenido correspondencia en el mundo externo, o la tuvieron en fenómenos fantásticos, sino externas, reales y de contacto; en la intención del narrador se ve con evidencia, leyendo con atención las descripciones del Apóstol San Pablo, como ya hemos hecho observar, toma el punto de arranque de su descripción en la Cruz misma, y en el momento que Cristo acaba de expirar, diciéndonos que "Cristo murió, fué sepultado y al tercer día restituído a la vida", haciendo luego seguir el catálogo de las apariciones a apóstoles y discípulos que se cierra con la hecha a su persona. El Apóstol, en su descripción, va recorriendo por sus pasos de sucesión inmediata la historia de la "muerte, la sepultura y el retorno a la vida" del cadáver de Jesús, para continuarla en las apariciones, sin interrupción en la unidad de relato, de suerte que, así como el sujeto uniforme de la muerte y sepultura fué el cadáver de Jesús, o Jesús en su ser cor-

(1) La dificultad del número "Once" siendo así que según S. Juan faltaba Tomás y por tanto los presentes eran Diez no tiene fuerza: el número "Once" cuando Lucas escribía era número no aritmético, sino de corporación. La corporación de los Apóstoles recibía el nombre de los "Once", aunque en alguna reunión faltase alguno.

(2) Esto mismo significa el pasaje de la 1.^a Joann. 1, 1, donde el autor, que es el Apóstol Juan, recuerda el contacto reflexivo y moroso del maestro por los discípulos "manus nostrae contrectaverunt" (*ἐψήλαψησαν*).

póreo, así continúa siéndolo en los miembros siguientes de resurrección y apariciones. Se trata, pues, de la resurrección, por la vuelta a la vida, de un cadáver o cuerpo que, después de muerto y sepultado, la recobra. Es también evidente que además, entre el miembro de la sepultura y la resurrección, se pretende hacer resaltar, con la sucesión, el contraste entre la inercia de aquel cuerpo como cadáver y su vigor interno de vida con la resurrección, contraste que desaparece si el sujeto no es el mismo (1). De aquí se infiere con qué verdad puede decirse con J. Weiss que la primera memoria del "sepulcro vacío" recurre en Marcos un decenio después de la 1.^a Cor. ¿Cómo pudo concebir San Pablo que el sepulcro quedase ocupado con el cadáver de Jesús cuando al tercer día salió del "sepulcro" a la vida? Así es que el embarazo de Weiss es notorio cuando trata de conciliar pasajes (2).

(1) Los críticos reconocen sin dificultad que en opinión de apóstoles y discípulos, sus "visiones" eran objetivas; pero los discípulos, añaden, no son testigos idóneos; propio del visionario es objetivar inconscientemente su visión (*Urch.*, 20).

(2) "Existió, dice, una fe en la resurrección de Jesús sin tener en cuenta el sepulcro vacío" (*Urchrist.*, p. 63). "Se ve por *Mc.*, 16, 8 (el silencio de las mujeres sobre el sepulcro vacío por temor) que los discípulos primitivos nada sabían del sepulcro vacío y que esta tradición (legendaria) es más bien posterior" (*ibid.*). Pero al mismo tiempo dice que S. Pablo "estaba persuadido de que Jesús había dejado, incorrupto, la sepultura", "revestido de un cuerpo celestial, de gloria, como el de los justos en la resurrección final" (60); de donde se infiere que o S. Pablo atribuye a Jesús dos cuerpos, uno que se quedó y corrompió en el sepulcro, otro glorioso; o que el cuerpo mortal de Jesús sepultado "se transformó" en (pasó a ser) glorioso al resucitar. Lo primero nadie lo dice y decirlo sería soberanamente absurdo; lo segundo, lo decimos los cristianos; pero por lo mismo confesamos que el sepulcro por la resurrección quedó vacío, y no lo pudo ignorar ni S. Pablo ni los primeros discípulos. J. Weiss ve perfectamente la dificultad de conciliar en la descripción del Apóstol la discordancia entre el "resucitado el día tercero" (esto es, aquel mismo que se dice muerto y sepultado, que no es otro sino Jesús en su ser corpóreo), o simplemente "glorificado", esto es, "exaltado en solo su ser espiritual mientras el cuerpo descansa y se descompone en el sepulcro"; pero su respuesta es 1.^o) que tratándose de "visiones", sólo puede entenderse bajo esta noción la vista o contemplación de

Sobre la autenticidad del pasaje nadie ha objetado reparo alguno; únicamente Harnack, en un discurso pronunciado en la Academia de Berlín en 1921 (1) observaba que en el fragmento deben distinguirse dos partes: una los vv. 3-5, es decir, los tres artículos de “muerte, sepultura y resurrección” con las dos primeras apariciones (como testimonio), que San Pablo tomó de la tradición jerosolimitana, y representan la fórmula primitiva de fe en la resurrección que los primeros mensajeros del Evangelio llevaron consigo al partir de Jerusalén para dar principio a la evangelización del orbe extrajerosolimitano, y fué conservada por San Pablo (2) y otra, los vv. 6-8, que evidentemente, dice Harnack, son adición de San Pablo por cuenta propia, pues, además de faltar en estos miembros la nota consecratoria “secundum Scripturas”, contienen en el v. 7 una contraposición paralela al v. 5 (a Cefas y después a los Once: a Jacobo y después a una multitud) a todas luces artificial, e indicio de “algo desconocido” que ocurrió ya en aquellos principios y que estalla o se manifiesta luego cuando en 12,17 vemos repentinamente a Jacobo suplantando a Pedro en la jefatura de la cristiandad jerosolimitana. Pero la crítica de Harnack en este punto es bien mezquina y desacertada. Que efectiva-

“algo celeste, supraterreno y por lo mismo impalpable; 2.^o) el visionario, empero, está persuadido de la corporeidad externa de su visión: y esto sucedió a S. Pablo y los Apóstoles: experimentaron simplemente el fenómeno meramente interno de la visión de Jesús; pero objetivaron su término. La insubstancialidad de la solución es patente: bajo el nombre de “aparición” debe entenderse lo que el que habla entiende bajo ese nombre; y en el contexto del Apóstol es evidente que el término de las apariciones aquí es el ser corpóreo: y en la apreciación de los Apóstoles no cabe error por haber sometido el fenómeno a pruebas detenidas de vista y contacto. (*Urchrist.*, 19, 20). Es decir, que la refutación no es difícil, ¿por qué el concepto de “visión” ha de ser precisamente de objeto impalpable? Es simplemente un postulado gratuito; si se trata de objetos de contacto externo “experimentado”, no son impalpables.

(1) Lo mismo repite en la edición 4.^a de la *Mission und Ausbreitung* (1924). A Harnack sigue Eduardo Meyer, sin alegar mejores fundamentos.

(2) Otra razón da Harnack que hace fuerza a Meyer, tomada del perfecto ἐγένεται en el miembro de la resurrección que es “permanente”, dice Harnack, mientras los dos primeros son actos transeuntes. ¿Y por qué la resurrección corporal no ha de ser permanente?

mente en el conjunto de 15, 3-8 sea menester hacer alguna distinción entre ellos, es cierto; porque en hecho de verdad la fórmula sacra "secundum Scripturas" afecta a los artículos de "muerte, sepultura y resurrección" que se proponen como puntos de fe dogmática sobre la humanidad de Jesucristo (1), y no a los miembros siguientes que ya no presentan este carácter (2). Pero no por eso dejan de ser enseñanza religiosa de un apóstol que los propone como enlazados con la verdad dogmática y divina ("secundum Scripturas") de la resurrección, en calidad de fundamento racional de ella, dando la certidumbre más completa a la proposición del objeto de la fe. La distinción, pues, empieza desde que empiezan los hechos históricos de las apariciones. Pero, además, ¿qué fundamentos hay para la construcción completamente gratuita y fantástica de rivalidades, de suplantaciones, de disimulos de ellas por parte de San Pablo? Si efectivamente existieron tales desavenencias, mezquindades y rozamientos, ¿cómo San Pablo, a quien la crítica se complace en presentar cual carácter dominante y despreciador de todo lo que no era obra suya, todavía el año 57, esto es, cuando se sentía en el apogeo de su gloria, habla con tanta reverencia de Pedro y Jacobo, disimulando con esa sumisión sus debilidades? Ese Pablo es el Pablo que la crítica se complace en describir en presencia de Pedro y Jacobo en el Concilio Apostólico

(1) Aunque la "resurrección" es un hecho histórico, "su aplicación" a Jesucristo como Hijo de Dios es ya término del acto de fe; porque esa aplicación no la hace la mente en virtud de las experiencias de vista y contacto, sino de la "palabra" de Jesucristo que se había declarado y es reconocido como Hijo de Dios. Los dos juicios de la mente son perfectamente distintos y tienen su fundamento respectivo (experiencia y palabra de Dios) también distinto.

(2) No es lo mismo enseñanza directamente "divina" que enseñanza apostólica y aun "inspirada"; el mismo S. Pablo hablando de la indisolubilidad del matrimonio y también de la castidad, hace distinción entre doctrina "del Señor" y enseñanza que el Apóstol da por su cuenta aun como "apóstol", y, en consecuencia, infalible, y que también puede además proponer por escrito y bajo la inspiración. Doctrina divina o del Señor directamente tal es una doctrina enseñada o propuesta directamente por Dios mismo: para la infalibilidad y aun la "inspiración", basta que sea propuesta por un órgano de la acción de Dios; pero el órgano siempre está por debajo del agente superior.

o en el conflicto antioqueno. La verdad histórica es que Pedro y Jacobo aparecen siempre en perfecto acuerdo (1); y cuando en *Act.*, 12,17, Pedro sale de los dominios de Agripa, lo hallamos unido en fraternal armonía con Jacobo y dándole sus encargos, como Jefe que se ausenta, a subalterno; y, en efecto, después, de vuelta, aparece en el cap. 15 lo mismo que antes como Jefe supremo, aunque Jacobo retiene el episcopado de Jerusalén, según se ve por los capítulos 12, 15 y 21 de los Hechos apostólicos. El fragmento, por consiguiente, 1 *Cor.*, 15,3-8, representa una pieza, obra en su totalidad de San Pablo, aunque en ella propone enseñanzas de diferentes categorías, pero todas de orden religioso y encaminadas parte a enunciar la resurrección como verdad de fe, parte a fundamentar ésta con respecto a los motivos de su credibilidad, en hechos históricos directamente enlazados con ella.

IV.—LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR ANTE LA CRÍTICA

También la crítica hace de la resurrección del Señor el objeto de detenidos y serios estudios; ni puede ser de otra manera, pues el hecho fundamental de donde arranca toda la historia del cristianismo es la persuasión y convicción firmísima en los apóstoles de la resurrección de su Maestro. Por esta razón todo el que quiere estudiar con seriedad los orígenes de la fe cristiana tropieza desde luego con este problema y no le es posible avanzar un paso sin abordarlo. Así es que los críticos más distinguidos le han estudiado y le estudian con sumo interés. Weizsäcker, O. Pfleiderer, Juan Weiss, Adolfo Harnack, Eduardo Meyer, para no citar sino los más conocidos (2), le han dedicado trabajos especiales. Entre ellos los hay de más o menos valor. Al tomar en la mano a Otto Pfleiderer y leer en su "Religionsphilosophie" el capítulo que dedica a la fe de la cristiandad primitiva de Jerusalén, la idea que asalta la mente del lector es la de que al escritor le preocupa, sobre todo, el pensamiento de presentar un trozo de lo que hoy se llama "historia de la cristiandad primitiva", compuesto con frases y conceptos que literariamente suenen con armonía al oído de

(1) V. gr., en una ocasión bien solemne, *Act.*, 15, 7-11, 13-19.

(2) No citamos a Ederseim porque hace cuanto puede, dado el ambiente en que vive o vivía, para dar explicación satisfactoria del problema.

lectores a quienes importa poco saber con certidumbre y poseer nociones bien fundamentadas sobre el argumento. En la descripción de Pfleiderer no se descubre ni examen, ni razonamiento serio, ni exposición histórica, ni mucho menos discusión científica sobre el tema. No puede decirse lo mismo de otros entre los demás que hemos citado, v. g., Weizsäcker y Juan Weiss. Pero nadie tal vez en ese campo ni ha tomado con más empeño ni ha tratado de discutir con mayor seriedad que el profesor Harnack los fundamentos del problema. Le ha estudiado con detenimiento repetidas veces, en la "Esencia del cristianismo", en la "Historia de la misión y propagación del cristianismo", en la "Historia de los dogmas", y recientemente el año 1921 le hizo objeto de un estudio que leyó en la Academia de Berlín, resumiendo después las mismas ideas en su última edición de la "Misión y propagación" en 1924. Pero creemos que en ninguna parte ha planteado mejor sus términos desde su punto de vista que en la cuarta edición de la "Historia de los dogmas" en 1910.

Vamos a hacer un breve extracto del tratado, agregando su análisis.

He aquí cómo razona el docto profesor: en el problema de la resurrección es preciso distinguir entre el hecho histórico y el objeto de la fe religiosa. Primero y ante todo, ésta como adhesión y entrega confiada a Dios, y tanto más cuanto más decidida y resuelta, no puede tener por objeto un hecho histórico y externo, cual sería la vuelta a la vida corporal en un difunto; porque un hecho histórico externo cualquiera subsiste siempre tal cual es, con independencia de acto o conato alguno de una facultad; y la entrega y adhesión a Dios propia de la fe es una afición o sentimiento y no sin esfuerzo del creyente (1). Pero aun cuando la fe pudiera recaer sobre hechos históricos, no podría contarse entre ellos la resurrección en el sentido vulgar por no poder comprobarse como acontecimiento de orden externo y sensible, i.º, porque aun según los documentos que pudieran parecer más interesados en establecer su realidad externa, ni

(1) En esa forma definen la fe religiosa los grandes representantes de la crítica en nuestros días. Es una persuasión más afectiva que razonada, mejor dicho, no razonada, que se aferra a su objeto con decisión siempre creciente por encima de todos los obstáculos de dudas y vacilaciones en contrario, sin ceder aun a la evidencia, merced a una tenacidad incontrastable (WEISS, *Urchrist.*, 20).

el hecho de la resurrección tuvo testigo alguno en el momento de su realización, ni Jesús fué visto resucitado por ninguno de sus enemigos; doble circunstancia que constituye una muy grave presunción contra su verdad; porque una y otra hubieran sido, como ninguna otra prueba, una abrumadora imposición de la realidad, que hubiera sellado los labios a sus más obstinados contradictores; 2.^o, porque si bien es cierto que los discípulos de Jesús estuvieron firmemente persuadidos de haberle visto resucitado, las apariciones que se presentan como prueba tanto en los cuatro Evangelios como en la lista de San Pablo, a excepción de las dos primeras (a Pedro y a los Once) no se precisan ni en cuanto a su número ni en cuanto al orden en que se verificaron; 3.^o, mucho menos se comprueba en su valor demostrativo como hechos sensibles y externos; porque el cuerpo de Jesús es allí "glorioso", que aparece y desaparece repentinamente y atraviesa objetos materiales. ¿Cómo podían los apóstoles ante tal volubilidad cerciorarse de la realidad del contacto, cuyas características son la estabilidad y la resistencia? Y si de las apariciones se descarta ese elemento exornativo, quedan reducidas, como las dos primeras, a la categoría de visiones cuya correspondencia objetiva es imposible fijar; 4.^o, el Apóstol San Pablo, con las demás apariciones y como homogénea con ellas, enumera la aparición recibida por él, y, sin embargo, él mismo, en *Gal.*, I, 15, clasifica esa aparición como fenómeno puramente interno $\alpha\pi\circ\chi\alpha\lambda\circ\phi\alpha!$ $\dot{\epsilon}\nu\ \dot{\epsilon}\mu.\dot{o}$ "revelar—a su Hijo—en mí", esto es, en mi interior, dando, por lo mismo, a entender que todas las apariciones que enumera son de la misma especie, fenómenos internos, subjetivos. Así, pues, reducidas, según el análisis que precede, las apariciones todas que en ambas fuentes (Evangelios y San Pablo) se relatan a la categoría de fenómenos del alma o visiones, sólo resta la cuestión de si fueron puras creaciones subjetivas o si tuvieron correspondencia externa por intervención extraordinaria de fenómenos de orden extra sensible o espiritual. Planteado el problema en este terreno, claro está que no es propio de hombres de criterio y que miran con seriedad la objetividad de las cosas dar crédito a creaciones fantásticas o a personas que dicen haber tenido comunicaciones suprasensibles; la objetividad histórica, por consiguiente, no suministra base alguna a la fe religiosa en el problema de la resurrección. Tal es el resultado a que conduce el examen del problema de la resurrección como hecho.

Harnack, como preámbulo que le desembaraza el camino al análi-

sis, establece, a modo de axioma, lo que solamente es un corolario espontáneo de la noción que aquí propone de pasada y explana en la segunda parte de su razonamiento, o sea que la fe religiosa, por su misma índole, no puede recaer sobre un hecho histórico. Pero no consistiendo la fe en lo que la hace consistir la crítica, sino siendo el asentimiento de la mente a un enunciado divino que puede versar sobre un hecho, puede muy bien la fe recaer sobre un hecho histórico, si quien lo propone es Dios. Así como la mente puede prestar asentimiento de fe humana y lo presta muchas veces a un enunciado cualquiera, aunque sea un hecho histórico, por ejemplo, la existencia de grandes monumentos en Roma, cuando se los propone o describe persona competente que los conoce y a quien juzga digna de crédito, así puede prestar asentimiento de fe divina y religiosa al enunciado de un hecho histórico que le comunica Dios, como le conste en efecto que quien se lo comunica es Dios. Es verdad que el hecho histórico de la resurrección, como percibido de los apóstoles por experiencia de vista y contacto, tuvo por resultado inmediato el juicio sobre la identidad del que veían y palpaban, con su antiguo maestro; juicio que era de orden puramente natural y de certidumbre y evidencia inmediata; pero este juicio no era el acto de fe en la resurrección que pronuncia el cristiano. El acto de fe en la resurrección consiste, y consistió también en los apóstoles, en la aplicación del hecho de la resurrección al Hijo de Dios. Una vez cerciorados por vista y concierto de la identidad de aquel hombre a quien veían, con el que había sido su maestro, reflexionando que había dicho mil veces que era Hijo de Dios y en prueba de ello se había remitido a sus portentos; del enunciado de experiencia: "nuestro maestro ha resucitado", recordando sus aserciones acerca de su persona, pasaron lo mismo que el Centurión a este otro (o si ya lo habían formulado con firmeza, se reiteraron todavía con mucho mayor en él): "este hombre es Hijo de Dios"; y, pues, ha resucitado, al presentarse entre nosotros como tal, nos dice no un hombre cualquiera, no un hombre de quien no podíamos asegurar que fuera Hijo de Dios, sino un hombre de quien no podemos dudar que lo es: "el Hijo de Dios ha resucitado". Pero el motivo de este juicio no es ya la experiencia del sentido, sino la autoridad suma del que nos asegura su filiación divina; esta autoridad nos hace decir sin vacilar: el Hijo de Dios ha resucitado. No de otro modo ni por otra vía llegó Tomás al formulado de su confesión en San Juan, 20,28. Es verdad que el acto de la resurrección

no tuvo testigo y también que Jesús no se dejó ver de sus enemigos; pero aparte de que nosotros no hemos de dictar a Dios los caminos que ha de seguir en su economía providencial, con tal que nos dé fundamentos suficientes para creer; no menos que llevando testigos al sepulcro mostró Jesús su poder y el empleo que de él necesitaba haber hecho para volver a la vida, presentándose resucitado. Por lo que toca a dejarse ver de su enemigos, pudo obrar como obró por muchas razones justas: una en castigo de las insolencias que habían cometido con él; también, para no entablar un pugilato que le empequeñecía si, a pesar de presentarse vivo ante sus perseguidores, éstos, haciendo un uso perverso de su albedrío, se negaban a recibirlle ostentando una jactancia insensata, sí; pero que no sin alguna mengua de la dignidad de Cristo hubiera dado cierta superioridad al altanero obstinado. No es exacto, como parece insinuarse, que las dos primeras apariciones en la lista de San Pablo aparezcan como no acompañadas de fenómenos externos y sensibles de habla y contacto; San Pablo nada dice de estos fenómenos en ninguna de las apariciones que enumera; pero la causa no es que las desconociera o no admitiera sino por razón de brevedad y por suponer conocida en detalle la historia, o por los Evangelios ya existentes, o por la tradición y predicación oral de los apóstoles y discípulos. No es esencial que las apariciones vayan descritas en los Evangelios y San Pablo por el mismo orden y en el mismo número; pues ni una ni otra fuente prometen referirlas todas por orden riguroso; pero el cotejo de San Pablo con los Evangelios hace ver que, sustancialmente, ambas fuentes tuvieron un manantial común, la tradición oral primitiva. La aparición a los Once después de la de Pedro en la lista de San Pablo coincide con la de Lc., 24, 36-43, y Juan, 20, 19-23, y en consecuencia, aunque el Apóstol no desciende a pormenores y se contenta con un simple ὁ φ θ ν̄ no se sigue pretendiera negarlos; San Pablo y San Lucas, como compañeros de ministerio por muchos años, no tenían idea diversa sino la misma, sobre todo de esa aparición. En ella en particular aparece el cuerpo de Jesús glorioso, es verdad, y penetrando a través de la materia; pero no es lo mismo cuerpo glorioso que cuerpo inmaterial.

Que el cuerpo de Jesús, aunque material, aparezca libre de las condiciones de pasibilidad que antes de la muerte, es obvio. De lo contrario, hubiera estado expuesto a todas las persecuciones, vejaciones y padecimientos que antes, incluso una nueva muerte de parte de sus ene-

migos; y entonces, ¿dónde estaba su triunfo sobre ellos y sobre la muerte? Pretender que la verdad de la resurrección hubiera de depender de su vuelta a la vida mortal, equivale a exigir su vuelta a la Cruz para creer en su resurrección. Jesús, una vez resucitado, no podía volver a esas condiciones y debía gozar de vida gloriosa; y así, aunque de cuerpo palpable y resistente, poseía a su albedrío el ejercicio de esas cualidades; y si bien para demostrar su identidad con su cuerpo mortal de antes, podía hacer uso de la palpabilidad y también de los órganos de vida en todo aquello que no desdijera de su nueva condición de gloria, así también tenía en su mano suspenderle y aun omitirle en absoluto cuando no existían esas razones. Ni esta diferencia de estado o condiciones entre el cuerpo mortal y el glorioso, aunque idénticos, tiene nada que sea perfectamente, no sólo inteligible y razonable, sino reclamado por la diferencia de destinos y vida. Ni la materia como tal exige, por ineludible necesidad, otra cosa. Por experiencia vemos que, aun sin recurrir al orden milagroso y sólo en virtud de más profundos conocimientos sobre la materia, merced a éstos, descubre la ciencia y utiliza condiciones maravillosas de separabilidad y combinaciones de elementos y energías de la naturaleza, empleando y dando libertad a unas, mientras suspende, aisla o anula otras; viendo ella y haciendo ver con admiración la velocidad, eficacia, versatilidad, etc., que muestra la materia en manos de quien posee sus secretos. La óptica y la electricidad nos están ofreciendo ejemplos a diario que confunden la presunción humana. ¿Qué extraño que el autor de la Naturaleza posea sus secretos y los utilice como le place? Por lo que hace a la aparición y desaparición repentinamente, no lo fueron como de un duende juguetón, de suerte que los apóstoles no tuvieran tiempo y desahogo para hacer sus pruebas de contacto y examen todo lo atento que desearon para cerciorarse de la realidad. Desaparecía cuando los apóstoles habían satisfecho sus justos anhelos de seguridad y presenciado escenas que se desenvolvían con toda regularidad. Por lo demás, también en este punto había de demostrar su estado glorioso, no sujeto a la pesadez de movimientos, comensuración lenta de marcha, etc., propias de la vida mortal, pero ajena de la inmortal.

No es verdad que San Pablo clasifique su aparición entre los fenómenos puramente internos del alma, ni que la lista de apariciones en su conjunto haya de juzgarse por la última, sino al contrario, ésta

por las precedentes como determinadas del contexto que fijando el sujeto de todas en el ser “corpóreo” de Jesús, manifiesta por eso mismo que las apariciones son externas y sensibles. *Gal.*, I, 15, no habla el Apóstol de la visión corpórea de Jesús. En el episodio de la vía de Damasco, fuera de la visión corpórea de la que, además de San Pablo, fueron testigos sus acompañantes (*Act.*, 9, 7; 22, 7), “non audierunt” es: “no comprendieron”, pues ἀκούων corresponde a ἤστην oír y comprender: San Pablo habla allí en arameo), intervino otra comunicación interna que habilitaba a San Pablo para la predicación, comunicándosele el Evangelio que había de predicar (1). Esta comunicación no pudo tener lugar sino después del diálogo: “tu quis es... quid me vis facere”; y es distinta la visión, y añadida a ella. De la discusión que precede resulta que, siendo la resurrección evidentemente corpórea por representar la restitución a la vida del cadáver de Jesús muerto en la Cruz y luego sepultado, es evidente que las apariciones expresadas por el verbo ἐνθάδι “se dejó ver”, tienen por término el cuerpo de Jesús, o Jesús en su ser corpóreo, y son apariciones sensibles y externas. Al enumerar, por consiguiente, entre ellas San Pablo la que a él le cupo en suerte, la entiende también corpórea y externa; y efectivamente como tal la recuerda en términos expresos en *1.º Cor.*, 9, al equipararse por ella a los Doce que vieron a Cristo durante su vida mortal. No es verdad, por tanto, que discutidas detenidamente las apariciones, la cuestión quede reducida a determinar si su término u objeto fué o una creación puramente subjetiva o una visión en la que intervino acción de agente sobrehumano en el orden extrasensible; quedaría reducida la cuestión a esos términos si la discusión hubiera dado por resultado la índole no sensible y externa de las apariciones; pero esa discusión da precisamente el resultado opuesto.

V.—LA RESURRECCIÓN Y LA FE

Decíamos en otra ocasión que cuando se trata de axiomas o postulados de la ciencia, Harnack es inexorable; y en ninguno de los pro-

(1) Ni es tampoco necesario que esta revelación tuviera lugar en la vía misma y lo más probable, si no cierto, es que la tuvo después. El Apóstol la vincula al tiempo de la aparición, porque, en efecto, entonces ya recibió S. Pablo la misión de Apóstol y con la misión la habilidad extraordinaria, entre otras razones, porque no le era posible ir por entonces a Jerusalén.

blemas que se discuten entre la ciencia moderna y la fe muestra más el Profesor de Berlín este su carácter que en el problema sobre la resurrección. En la primera parte de su razonamiento, invocado el principio de que la fe no puede recaer sobre hechos históricos por quedar éstos reservados en su existencia y naturaleza al análisis de la historia; dejando a un lado la justificación del aserto, lo que hace es tratar de demostrar que la resurrección no es un hecho histórico como lo quiere el cristianismo dogmático, esforzándose por anular el valor de las pruebas empleadas para establecer el hecho de la resurrección corporal de Cristo (1). En esta segunda trata ulteriormente de justificar el postulado, queriendo hacer ver que en efecto, la fe misma tiene que resignarse a reconocer que ella, atendida su índole específica y propia, no alcanza ni puede alcanzar en la controversia presente a establecer el hecho de la resurrección; de donde resulta inevitablemente que, inhibido en la primera parte a la fe por el análisis de los testimonios el campo de los hechos, a la Historia, y únicamente a la Historia, toca dictar a la fe los términos en que ella ha de plantear en su esfera el problema. Para la fe, el problema, dice, ya no puede ser, si Jesucristo resucitó corporalmente, pues la Historia ha resuelto apodícticamente en sentido negativo; sino; si al morir quedó sumergido en la muerte, o sí por ella pasó a una "vida de gloria, honor y poder"; y de qué gloria, honor y poder se trata. Esta cuestión la ha de resolver la fe, o la hemos de resolver nosotros, de conformidad con lo que es la fe y lo que ésta, atendida su índole, había de dictar a los apóstoles sobre la vida póstuma de Jesús. Y bien, ¿qué es la fe religiosa y cuál es por su naturaleza el campo o esfera de acción donde se explaya? He aquí su noción y esfera. Ampliando el concepto de Lutero sobre la fe justificante que trasladó al sentimiento una función de la mente, se hace consistir la fe religiosa según toda su amplitud (lo que no hizo Lutero) en una adhesión afectuosa del alma a Dios y las cosas divinas. Concebida por cualquier vía, cierta impresión sobre una persona o doctrina en el orden religioso, aferra con ella el sentimiento, y elaborándola con las ideas de que dispone en el mismo orden, la va acentuando, arraigando y amplificando en una dirección conforme al ambiente en que se agita. Esto sentado, dice Harnack, tomando, como

(1) Tal vez cree que le basta demostrar el principio con aplicación concreta al caso; pero tal procedimiento no es lógico.

es natural, los conceptos de gloria, honor, poder en la mente de los apóstoles en el sentido que Jesús les daba, habían de dictar a los apóstoles la persuasión de que Jesús había pasado a la gloria, pero no corporal por la resurrección de su cuerpo (1). Harnack descubre una primera prueba de esta su explicación en los pasajes *Lc.*, 24, 26, y *Juan*, 20, 29 (2). Pero ¿cómo prueba Harnack, que en el primero de los pasajes, la gloria, en la que Jesús había de entrar por los padecimientos y la muerte no era una vida gloriosa en cuerpo resucitado e inmortal? Harnack da a entender que esto no era posible por la desproporción en orden y calidad entre el camino (dolores e ignominias) y el término. ¿Porqué ha de existir semejante desproporción cuando padecimientos y gloria, es decir, merecimientos y premio son corporales? ¿No era lo más obvio que pues los padecimientos habían sido corporales, la gloria lo fuera también para que triunfase el que había sufrido? San Pablo seguramente no descubre tal desproporción cuando en *Hebr.*, 2,10, dice, por el contrario, ser muy propio de la sabiduría de Dios haber conducido a Jesús a la gloria de Salvador, que seguramente no concibe como gloria sólo espiritual, por la vía de los padecimientos. El mismo pensamiento emplea en *Rom.*, 8,18, cuando se trata del galardón eterno por la vida trabajosa de este siglo. Como cifra y compendio de lo que al justo espera en la otra vida por los sufrimientos de ésta, propone "la redención de nuestro cuerpo": el rescate del mismo de los padecimientos presentes. Y el hecho que no admite duda es que así lo comprendieron los discípulos, que entendieron el triunfo de Cristo de su resurrección corporal, como consta por el examen de todos los testimonios, los cuales, lejos de llevar a la conclusión paradójica de Harnack, llevan evidentemente a la contraria, como ya lo hemos hecho ver. Tampoco el pasaje de San Juan prueba lo que Harnack pretende; porque Jesucristo en aquellas palabras no contrapone la noticia experimental del resucitado en Tomás (vidisti") a la falta absoluta de noticia en cualquier orden ("non viderunt"), llamando dichosos a los que sin noticia alguna previa creen; la contraposición es sólo entre Tomás y los que, oyendo como éste la relación

(1) En efecto, gloria cuyo camino son (*Lc.*, 24, 26) los padecimientos y la ignominia, no puede ser gloria de esplendor visible y al sentido, sino en espíritu.

(2) Tal es si no comprendemos mal la mente de Harnack en la cuestión, aunque sus nociones sobre el método y la lógica difieren de las nuestras.

de los Diez sobre la primera aparición, creyeron sin exigir como Tomás la prueba de vista y contacto; la contraposición "vidisti" y "non viderunt" está evidentemente en el contacto o falta de él, no en el contacto y cualquiera noticia previa. Alguna noticia previa es siempre necesaria para que la fe sea prudente cual la pide Dios: la falta de Tomás estuvo en exigir lo que no tenía derecho a exigir. En las palabras de Jesucristo va envuelta una alusión a la Historia intermedia entre las dos apariciones; y de ningún modo da margen a la conclusión descabellada de Harnack y a su razonamiento pueril.

Pero además de los testimonios, Harnack pretende llegar a su conclusión sobre el sentido de la vida gloriosa de Jesús en la fe de los discípulos por el análisis de la fe. Pero la noción que da de la fe, es arbitraria: la fe no es el conato de la voluntad o del sentimiento y ardor religioso, a pesar de los obstáculos. Tal fe es frenesí irracional. Ni de hecho fué la fe de los apóstoles la que Harnack pretende; como se ve por el análisis desapasionado de hechos y testimonios que demuestra la existencia de la resurrección corporal de Cristo y la fe de los apóstoles en ella.

LINO MURILLO